

tierra y libertad

año I - número 3
barcelona, 29 noviembre de 1930

* semanario anarquista

ni guerra ni paz

Contra la dictadura

Otra vez retumbaron los estampidos en las calles, después de otros estampidos en otras calles y en otras ciudades. De nuevo han funcionado las armas en Barcelona, pero hay algo tan vil como matar y es mentir; tan malo como dictar es obedecer.

El movimiento último ha sido la apología de la obediencia. Con el criterio de obediencia que se vió al cesar el conflicto y sin saber si como en recientes días excepcionales habrá el atrevimiento de decir que no hay vencedores ni vencidos, se puede afirmar de plano que la mentira ha guiado las plumas oficiosas de las notas gubernamentales.

Fijándose en los recientes hechos puede darse el caso si se repiten de que se proteste en Reus por unos muertos caídos en Figueras, y en Olot por los muertos caídos en la protesta de Figueras. En diez o doce meses de multiplicar las protestas quedaría despoblada toda Cataluña y sólo firmes en su puesto los dictadores sindicales.

Barcelona se vió en la tragedia y en vez de vivirla intensamente empezó a mirar a derecha e izquierda esperando notas oficiosas y orientaciones de cuartel. Las esperaba con tanta vehemencia que obedeció las que le dieron. Aunque con repugnancia y cólera, obedeció. ¿No se deriva esa actitud pasiva de las normas políticas, de los estragos autoritarios?

Unión sagrada

Entre los comentarios relativos a la reciente huelga, resaltan en la prensa barcelonesa dos artículos: uno del conocido troglodita Escofet, personaje de «La Vanguardia» que escribe una columna y media de prosa en el número del 22 de noviembre con el título «La levadura anárquica»; el otro trabajo en un ensayo con pretensiones trascendentales de Carlos Soldevila.

Escofet vapulea al espíritu policíaco de la ciudad porque no se manifiesta más que «después de largos desparecimientos y hostezos». Se refiere luego a un antojo seráfico. «Descaríamos—escribe—hallar el espíritu de la ciudad más ágil y dispuesto, tan dispuesto y tan ágil como el individualismo, su contrario». ¿Qué significan estas palabras sino que para Escofet ha habido pocos muertos?

A continuación Escofet se siente indignadísimo contra los que han roto faroles y quemado sillars. Para Escofet los faroles y las sillars merecen una oda planífera, pero no lamenta las muertes.

El otro artículo es de «La Publicitat» del 22 y lo firma Carlos Soldevila. Ya «La Publicitat» salió insultando groseramente a los huelguistas reconciliándose con los somatenistas de «La Veu» y declarando una especie de unión sagrada contra lo que para todos los catalanistas y para todos los castellanismos viene a ser «la chusma encanallada».

El conocido rotario Carlos Soldevila que quiere representar sin conseguirlo en la literatura catalana lo contrario del rector de Vallfogona, la emprende a tiro limpio (como Primo en sus notas) contra los anarquistas. Para Soldevila es desolador que la huelga no haya te-

nido bandera. En esto coincide con el sindicato llamado «libre» y con las autoridades. Los artilleros para Soldevila tenían una bandera; los huelguistas, no. Luego dice que si se trata de conseguir un objetivo limitado no conviene emplear «un instrumento enorme» como la huelga general. Estas palabras parecen expresar que el articulista sabe el objetivo de la huelga y lo reduce a la lucha por el reconocimiento de un sindicato considerando como burócrata que es que los obreros sólo aspiraban a la materialidad de un espaldarazo oficial cuando iban a defender su derecho a la vida. Sobre este derecho Carlos Soldevila, el delicado y exquisito prosista se muestra como un espíritu soez, ya que lamenta como el cavernario Escofet la rotura de faroles, pero no la rotura de cráneos.

El acuerdo entre la meseta y el litoral no puede ser más completo. Añoten la coincidencia quienes han llegado a creer que esos salvajes podían tener un punto de contrición o que eran de distinta sensibilidad.

Orientación y relación

Eran muchos los barceloneses de toda procedencia, partido y escuela que echaban de menos una orientación. El ciudadano que se moviliza y se echa a la calle debe saber a qué va y por qué va. No se trata de una fiesta ni de un espectáculo. Las iniciativas acordadas con la protesta en la calle eran o hubieran sido congruentes como consecuencias inmediatas del motivo determinante de la protesta que no era una acumulación de masas humanas para presentar blancos a las tercerolas.

Quien necesita orientación es mejor que no salga a la calle con la pretensión de estar orientado porque se expone a convertirse en disco que solo sabe repetir: «¿Quién me orienta, quién me orienta?». Una vez en la calle el ciudadano que sale para correr inermemente y aterrorizado no es más que blanco, ya que pide justicia a quien no sabe lo que es justicia pero sabe lo que es una bala y no por las que recibe, sino por las que envía al compás de notas oficiosas en las que siempre se dice aproximadamente que no hay novedad en el frente, como si fuese un frente la multitud desarmada que evoluciona dirigida por un guardia urbano con porra en días de normalidad y por la guardia civil con mauser en días de excepción.

Ha habido orientación pacifista por parte del público y orientación de arremetida y de convulsión por parte de la fuerza oficial a cuyo jefe ha ido a visitar horas después del entierro de las víctimas, una representación oficial de los sindicatos, después de llamar al trabajo a los huelguistas, coincidiendo en esto con los patronos y con el general Despujol.

Si por los muertos de Madrid se protesta en Barcelona y los muertos de Barcelona van al cementerio mientras se llama al trabajo, se encarcela a ciudadanos pacíficos y se cierran los centros obreros, confesamos que este país es un conglomerado manejable por cualquier capataz acostumbrado a mandar que la gente trabaje y lo que es más triste, acostumbrado a ser obedecido.

notas

Cuatro trabajadores muertos a consecuencia del hundimiento de un edificio que se construye en condiciones de inseguridad, desgracias que quizá hubieran sido evitadas si la clase obrera dispusiera del derecho de inspección, de control. Cuatro cadáveres, dos categorías de entierro: de segunda y tercera clase. Un entierro cuyo cortejo lo forman 150.000 personas. Presidencia de duelo muy de colaboración y armonía de clases, en la que figuran el gobernador y alcalde de Madrid, Largo Caballero, Besteiro, Saborit, Ovejero, Cordero, etc.: toda la profusa progenie de Judas al lado de Pilatos. Sólo faltaba la presencia oficial de Martínez Anido.

Un itinerario de clase, de tercera, en cuyo trayecto, antes del cementerio, se encuentra el matadero.

Balance: cinco obreros asesinados por la fuerza pública y más de cien heridos, de bala y de filo de sable. Entre ellos no figuran ni Largo Caballero, ni Besteiro, ni Saborit, ni Cordero, ni ninguno de los que actuaban de manos. Tampoco han dado señales de vida después, y es de suponer que durante unos días se hagan el muerto. Por lo pronto han sido lo bastante vivos para cargar el muerto, para descargar la responsabilidad, no sobre las fuerzas armadas, sino sobre los trabajadores inermes.

Por eso las autoridades han hallado cómodo clausurar el «Centro de Divulgación Social» y arremeter contra los sindicatos de la Confederación y sus militantes.

Algunos guardias contusos, unos de piedra (en la orina, seguramente), y los más, fulminados de pánico cerval.

El Pacificador de los espíritus, tras haberlos disociado del cuerpo, pasó en vencedor, horas después, por la calle de Cánovas, como un simple particular... que tiene guardadas sus espaldas por los del oficio. Su hija le llamó la atención acerca de unos cascotes que había por el suelo: «Se conoce—dijo—que son los que han utilizado para agredir a los guardias». ¡Peregrinación admirable! Las balas que han utilizado los guardias no han ido a depositarse en el suelo: han ido a parar al hospital.

No podía faltar la consabida nota suscrita por Lerroux y demás revolucionarios que son viviente ejemplo de larga longevidad revolucionaria.

El epílogo forma digno pendant con el prólogo: el cura pudo, a última hora, consumar tranquilamente su misión de quedarse sólo con los cadáveres y darles religiosa sepultura.

Ciento cincuenta mil manifestantes... ¿Entre ellos no han podido encontrarse mil trabajadores armados o dispuestos a desarmar la fuerza provista de órdenes de provocar y realizar su obra de sangre? ¿Cuál es, pues, el itinerario de la acción que piensan seguir los que dicen que vivimos en plena revolución y aceptan la República como yático de transición?

«Los líderes sindicalistas oportunistas son delegados de la clase obrera al servicio del capitalismo, o, dicho de otro modo, son agentes del capitalismo dentro de la clase obrera», ha dicho un adversario nuestro.

Si algo hay de verdaderamente reprehensible en las concepciones y actitudes de los individuos es el que no se tenga el valor y la sinceridad de defenderlas a la luz del día con el carácter de una profesión de fe.

Lo repugnante de la posición de un Andrés Colomer, en Francia, no es que se pasee al bolchevismo, sino que, ya dos años antes de abandonarnos, fuese ya un agente bolchevique dentro de las filas del anarquismo, como él mismo confesó después. Lo que yo me permito reprochar a los republicanos sindicalistas de aquí, no es su oportunismo individual sino las argucias y subterfugios que emplean para ocultarlo y realizar obra de infiltración colectiva de oportunismo y que carecen del valor de proclamarlo abiertamente; en una palabra: que se dediquen a nadar y a guardar la ropa; que recurriendo a mil procedimientos indirectos, empleen la habilidad de descargar sobre cabezas de turco la labor que ellos fomentan y alientan para, llegado el momento, quedar completamente a salvo de toda responsabilidad oficial y hallarse siempre de refresco a los ojos de las masas. Ellos

cuentan hipotecar el silencio de quienes no estamos dispuestos a asumir la complicidad de tan burdo juego, haciéndose el siguiente razonamiento: «El temor a debilitar el prestigio de la organización dando pie a la crítica de los adversarios, tendrá quieta la pluma de los irreductibles». Que los irreductibles, precisamente por serlo, señalen todos esos peligros, sea desde la prensa o desde la correspondencia particular; y entonces, allá salen los emboscados esgrimiendo su despechada o melodramática ironía colocándose el nombre de calumniadores o de críticas sistemáticas.

Hay momentos en la existencia de

las organizaciones en las que el silencio es más que una complicidad; es una cobarde colaboración. Ni consideraciones de amistad, ni de oportunidad, ni el temor a causar un mal menor—en evitación de un perjuicio mayor—no debe detener nuestra pluma ni cohibir nuestra acción.

O por la autoridad o por la anarquía, con los medios propios de la anarquía: no valen subterfugios ni medias tintas.

Cada cual que cumpla con su deber como mejor lo entienda; yo lo entiendo no olvidando en qué consiste ese deber.

A. GIBANEL

aclaraciones

anarquismo y sindicalismo

La piedra se llama piedra para no confundirla con el hierro.

Y si bien es verdad que primero han sido las cosas que los nombres, verdad es también que los nombres fueron inventados después de ser patente la existencia de las cosas y para no dar lugar a confusiones.

Cuando la humanidad sintió la necesidad de clasificarlo todo pudo tener a bien inventar los nombres en su aplicación a los objetos, pero no tué a:

Esto que es una verdad de Perogrullo, sirve de aclaración concreta en ciertos momentos como los presentes, en que una sombra envuelve lo que siempre ha sido diáfano, y terminante: la diferencia entre anarquismo y sindicalismo.

La mayoría del pueblo—el pueblo que juzga las cosas por lo que de ellas oye, que siempre es mayoría—se ha hecho un galimatías en la concepción o comprensión de los dos conceptos, completamente diferentes.

La culpa de esta confusión, reside en parte en la actuación de los propios anarquistas. Guiados por un afán orgánico, han empleado sus energías en levantar un edificio sindical para la defensa de los intereses de los trabajadores con el pensamiento de hacer servir el sindicato como medio de difusión anarquista. Pero se ha llegado a olvidar que el sindicato solo es un medio, un organismo de clase, atribuyéndose al sindicalismo aspiraciones que pertenecen al anarquismo.

A fuerza de usar verbología anarcosindicalista, para justificar una actuación algo discutible en un organismo de clase, se ha logrado un objetivo ambiguo, que hace identificar en su esencia los conceptos sindicalista y anarquista. Sin embargo, el primero no podrá nunca igualar al segundo.

Mientras el anarquismo aspira a la regeneración de toda la humanidad, el sindicalismo, no puede aspirar más que a defender los intereses de la clase sindicada, contra los intereses de otra clase, también sindicada.

Si alguna que otra finalidad persigue un organismo sindical, no será más que la que sus componentes quieran, al margen de la íntima estructura. Un sindicato que profesa el apostolado católico, estará alimentado por la esencia teológica, pero nunca podrá llamarse ese organismo teología.

Lo mismo puede decirse del sindicalismo revolucionario. Dice éste que anhela conseguir la liberación humana. Pero ese anhelo no es invención suya: pertenece al anarquismo.

Es libertario el sindicalismo revolucionario español, porque muchos de los que le dieron vida y siguen dándole vida, apagan la sed de su austero espíritu, en las claras aguas de la inagotable fuente anarquista. Si por el contrario, esos individuos tuvieran el espíritu imbuido de teología o autoridad, no sería el suyo más que un organismo amante del orden oficial, castrado y cartujo, a modo del sindicato libre.

Despréndese de todo esto, la consecuencia, de que el sindicalismo es lo que quieren que sea sus componentes, aparte de su propia justificación de ser. Nada más absurdo que atribuir esencia al sindicalismo revolucionario que son propias de la vida anarquista.

En principio, se dijo en los medios

sindicalistas, que éste era una antesala del anarquismo; o bien el único medio para la consecución del ideal ácrata, como si la anarquía tuviese una determinada antesala, o un camino único para lograr sus aspiraciones. Mucho antes de existir organismos de clase, el anarquismo ya se había abierto paso en el muro de la indiferencia del pueblo.

Pero el sindicalismo ha evolucionado mucho. Tanto, que muchos de sus panegiristas, teóricos y prácticos, dicen solemnemente, que ha llegado a mayor de edad y por lo tanto que se basta a sí mismo para regular la vida social.

Lo único que caíen es la manera de organizar la vida social. Callarán siempre o hablarán en vano dando nombres. Les es imposible hablar sin negarse a sí mismos. No hay que preparar como se preparan las limonadas, composiciones químico-sociales. El sindicato no puede salirse de lo que es. Al hacerlo deja de ser sindicato, para convertirse en recipiente.

Si intenta solucionar los problemas sociales con una regulación de todas las actividades mediante un sistema centralista entrará en el recinto del socialismo de Marx.

Si por el contrario emplea medidas libertarias, se interna en el campo anarquista. Eso en lo moral.

En lo económico, tendrá que identificarse con el comunismo libre o estatal, el cooperativismo, el colectivismo, etc.

De una forma o de otra, tendrá que amoldarse a los sistemas de otras escuelas; al hacerlo, dejará de ser sindicalista.

El sindicato no es más, que un medio; un medio de defensa de determinada clase.

Querer perpetuar el sindicato, es querer eternizar las clases, y con éstas la riqueza y la pobreza, la miseria y la esclavitud.

Que haya muchos anarquistas que actúen en las filas sindicalistas, no quiere decir, que anarquía sea sindicalismo. Aunque tal actuación es muy discutible sobre todo en su calidad de provecho para la anarquía, no se puede imponer, en nombre de la idea una traba a la libre actuación de los ácratas que entregan sus actividades a la formación de grandes núcleos sindicalistas; núcleos éstos que son más cuantitativos que cualitativos. Tampoco es lógico que por tal motivo, se confunda una idea con otra. Los camaradas deben hacer lo posible para aclarar los dos conceptos, dándole a cada uno lo que le pertenece y usando los nombres oportunos como se usan los nombres, la madera y el hierro, el agua y la piedra.

Sindicalismo es sindicalismo y anarquismo todo el significado que encierra su propio nombre.

A pesar de que muchos sindicalistas quieren pasar por anarquistas, la anarquía es un fin y el sindicalismo no pasa de ser un medio: Un medio igual a otro cualquiera como la cuchara de que nos valemos para comer. ¿Puede la cuchara confundirse con el propio comer? Sin cuchara se puede vivir; sin comer no.

Sin sindicalismo puede haber libertad. Sin anarquismo, no!



tierra libre y tierra y libertad

«Tierra Libre» se publicó recientemente un solo día, el domingo, 16 de noviembre. El martes siguiente hubo huelga general y no pudo publicarse como tampoco en el resto de la semana. En la semana siguiente llegaron a «Tierra Libre» apelaciones para que se publicara de nuevo. Los compañeros de «Tierra Libre» no quisieron aceptar la responsabilidad de redactar el periódico después de la solución anormal de la huelga, solución que no se ha explicado todavía. Posteriormente se insistió con mejores disposiciones desde el punto de vista de explicar y analizar el conflicto y «Tierra Libre» aceptó. Horas después, cuando se disponían los compañeros de redacción a iniciar los trabajos correspondientes, recibieron una indicación expresa que era un cambio de opinión. Los representantes de los sindicatos que llamaron a «Tierra Libre» prescindió de ésta. Horas después salió «Acción». Tales son los hechos objetivamente explicados.

La semana pasada no se publicó TIERRA Y LIBERTAD porque el semanario se confecciona el martes y el miércoles y fueron estos días de huelga. Siguan estas líneas de explicación a los compañeros.